



Una cultura crepuscular

A Twilight Culture

Eugenio TRÍAS

Universidad de Pompeu-Fabra, Barcelona, España

RESUMEN

Este artículo propone y analiza dos escenarios: el de la cultura norteamericana de finales del siglo XIX y el siglo XX hasta casi sus postrimerías y la época actual. El primero de ellos permite asistir a la gestación de una cultura dinámica, en todos los ámbitos de la creación y de la expresión; el segundo inquieta con su vocación hacia el espectáculo y la mercantilización. Entre ellos media un abismo que tal vez explique alguno de los actuales problemas de la sociedad global.

Palabras clave: Cultura, mercado, literatura, filosofía.

ABSTRACT

This article proposes and discusses two scenarios in the North American culture at the end of the XIXth century and up until the end of the present age. The first one allows us to experience the gestation of a dynamic culture in all of its phases of creation and expression, and the second one is based on the cult of the spectacle and of commercialism. Between them there is an abyss that perhaps explains some of the present problems of global society.

Key words: Culture, market, literature, philosophy.

La sombría y espectral culminación de la tetralogía de Wagner, *El crepúsculo de los dioses*, se inicia con una escena mítica: las Nornas, divinidades del destino, brotadas del vientre profundo de la Madre Tierra, van pasándose de mano en mano el hilo en el que puede leerse el pasado, el presente y el futuro. De pronto la Norna que contempla las cosas futuras advierte que ha perdido el hilo de los acontecimientos. Sólo constata oscuridad y tiniebla. Una auténtica apocalipsis se avecina: el fin de la era de los dioses y de los héroes.

Podría haber titulado el artículo *De Edgar Allan Poe a Stanley Kubrick*. Puede hablarse del gran siglo, o siglo y medio, de la cultura norteamericana. Durante ciento cincuenta años aproximadamente esa cultura muestra una calidad e intensidad expresiva y formal tan magnífica que con suma dificultad puede encontrarse otra cultura nacional comparable.

Asistimos en ese tiempo a la emergencia y despliegue de uno de los más hermosos movimientos musicales de todos los tiempos, el *jazz*, que sin embargo, lo mismo que la música clásica vienesa antes de pasar por el embudo de la autoconciencia romántica, se produjo con plena conciencia de su calidad y distinción, pero sin ningún virus inoculado respecto a la Ideología del Artista Genial.

Surgió y creció el *jazz* de forma espontánea y discreta, o con la grandeza, miseria y tragedia de todos los nacimientos artísticos con verdadero futuro. Y poco más o menos podría decirse lo mismo de la segunda gran empresa colectiva que cuaja y cristaliza quizás en los años treinta, cuarenta y cincuenta del pasado siglo veinte, a pesar de las insidias del poder político y económico: el gran cine de Hollywood en su momento estelar.

La cultura americana, junto a estas dos empresas sublimes, el *jazz* y el mejor cine de Hollywood, produjo un movimiento de novela y prosa único en el mundo que revolucionó la manera de escribir de todos, y que alzó por encima de toda una generación la genial figura de William Faulkner (y sus teloneros célebres en vida, algo eclipsados una generación después, Ernst Hemingway, John Dos Passos; o sus excelentes seguidores malditos de los años sesenta y setenta).

¿Y qué decir de la música americana de aires *country* y tendencias de radical modernismo, la que inicia Charles Ives y consolida personajes como Aaron Copland, o que llega hasta la insólita figura de John Cage, o a Elliott Carter? ¿Y de las neovanguardias pictóricas de los años cincuenta y sesenta, desde el expresionismo abstracto hasta el pop-art, desde Jackson Pollock y Mark Rothko hasta Andy Warhol, o hasta Jasper Johns? No es mi intención abrumar al lector con la lista completa de protagonistas sobresalientes de todos los ámbitos y meridianos; sin olvidar la arquitectura, desde Frank Lloyd Wright y Louis I. Kahn en adelante; o la escultura, la danza, el teatro y la revista musical.

Lo mismo podríamos descubrir en un ámbito de creación muy particular, la creación filosófica, la creación que incide en los hábitos de pensamiento y conocimiento. También aquí hallamos un momento de culminación, al que un libro hermoso, recientemente aparecido en castellano, *El club de los metafísicos*, se refiere: el ascenso y consolidación de una de las corrientes filosóficas más fecundas e interesantes del pasado siglo veinte, el pragmatismo metafísico, que tuvo su gigantesco Titán fundador en la figura de Peirce, y sus propagadores en quienes lo secundaron, William James (hermano del novelista Henry James), Dewey, etcétera.

¿Es posible que un relato y un argumento cultural tan extraordinario se haya agotado, o haya dado de sí todas sus mejores esencias? ¿Podría ser que hoy ya sólo quede la nostalgia

de pasadas grandezas, o de gestas de arte y cultura (que se realizaron, por cierto, sin plena conciencia de su grandeza)? ¿Será verdad que esa conciencia, o autoconciencia, sobreviene cuando la vida ha pasado ya?

En todos los terrenos de la cultura creadora se nos produce cierta nostalgia espontánea hacia un pasado cercano, pero quizás sin continuidad en el presente; como si el hilo del discurso cultural, artístico y literario, poético o novelístico, pictórico, musical o filosófico se hubiese cortado.

De manera que la Norna no pudiese adivinar nada claro en relación a un previsible futuro. Tampoco la que escudriña el presente: apenas descubriría signos o indicios que pudieran, ni de lejos, emparentarse con lo que durante siglo y medio sucedió.

¿O es que el tiempo de máxima información y comunicación en que vivimos (era de la información, sociedad del conocimiento) es, también, el más proclive a la ocultación, o a dejar en el anonimato lo más esplendoroso, o a tergiversar la jerarquía de los valores expresivos y simbólicos? Quizás nunca se ha dado una circunstancia como la de ahora: la de un mundo atravesado por autopistas que lo convierten en retícula de comunicación e información: autopistas de peaje, pero que también navegan por los cielos, o que recorren a la velocidad de la luz los artefactos de información en tupida y compleja red.

Pero autopistas siempre. Eso es lo relevante, lo significativo, lo que debe ser retenido, pensado y reflexionado. Su complejo entramado es lo que define nuestro mundo. Sólo lo que puede transitar por esas autopistas *existe*, en el sentido estricto y fuerte de la expresión "existir". Eso significa que sólo *es* o *existe* algo que, por necesidad, suele ser previsible y banal, o aplanado y tirando a mediocre; como lo es el paisaje que en las autopistas se advierte, bien distinto del que podemos gozar transitando por carreteras llenas de curvas, ceñidas sobre el terreno escarpado o montañoso, o entre acantilados que provocan vértigo, quizás de un calzado cuajado de socavones, pero que nos permite acercarnos a hermosuras naturales imprevistas. Nuestro mundo permite esos acercamientos sólo de manera selectiva, según imperativos económicos o turísticos. Y siempre como derivación de un tramo bien determinado del trazado de autopistas que compone la red interconexa de lo que existe.

¿Ocurre, quizás, que no he accedido al tramo de la *autopista cultural* que pueda informarme sobre fenómenos artísticos, literarios o filosóficos comparables a los citados o por citar en el seno de la cultura norteamericana?

¿O la sospecha de que el caudaloso territorio lleno de cauces fluviales poderosos en el que floreció el *jazz*, el mejor cine jamás soñado, la más hermosa generación novelística, la más extraordinaria vena poética (Eliot nació en Norteamérica, a las orillas del Missisipi), así como a la más grande generación pictórica de la segunda posguerra, o la sucesión de grandes arquitectos que compone el episodio americano del Movimiento Moderno se ha vuelto un territorio yermo y desertizado (eso sí, un desierto repleto de antenas de televisión, como en aquella gran película premonitora llamada *Paris-Texas*, de Wim Wenders)?

¿Será quizás que todo ese esplendor ha llegado también a su fin, o a entrado en una fase de decadencia manierista y académica de poco interés y relevancia, como si a los hijos de los héroes hubieran sucedido ya los nietos y los biznietos, o todo hubiese sido realización y cumplimiento de un pulso nostálgico que una buena película presagió bajo el título *The Last Picture Show*, *La última película* (Peter Bogdanovich, 1971)?

Yo conocí Nueva Inglaterra, y sobre todo New York, en plena conciencia nostálgica de los años ochenta, en donde se había impuesto ya la plena convicción de que *Lo Mejor Ya*

Pasó. Cuando la representación de la grandeza sustituye a la creatividad espontánea, algo grave comienza a suceder en una cultura. La cultura creadora se trueca en cultura archivera; la inventiva deja paso a la investigación melancólica. Y al fin todo queda engullido por la erudición, el virtuosismo académico, la mitificación de unos cuantos nombres emblemáticos, y la mediocridad general.

Y sobre todo por la rebaja general que la “sociedad del espectáculo” impone, con sus índices de audiencia como forma de tiranía de la sociedad de masas, con la sustitución de los artistas por los *showmen* del universo de los medios de comunicación, y con la progresiva extinción de escritores y pensadores (sustituídos por tribunos y demagogos que dominan los medios masivos de conformación de hábitos mentales).

Quizás por eso las hazañas de creación cultural deben, entonces, dejar paso a empresas de otra naturaleza: hazañas bélicas quizás. Éstas necesitan autopistas de información y comunicación para propagarse. Y sobre todo generan espontáneamente sucedáneos ridículos de aquellos dioses y héroes de primera generación que iniciaron la gran empresa pionera de un gran país que a la conquista de la frontera occidental añadió la gestación de una cultura diversificada y grandiosa durante siglo y medio; verdadero siglo de oro de la cultura *yankee*. Hoy esa cultura ha transitado, al parecer, de la edad de plata a la de bronce, o directamente a la edad de hierro (quizás preludio de una larga edad de piedra que nos aguarda).

La gran cultura norteamericana ha dado paso a una civilización mercantilizada y tecnológica de tal intensidad, o de tal fuerza persuasiva, que los valores expresivos, formales y simbólicos en los que toda cultura viva se asienta corren el riesgo de evaporarse para toda la eternidad.

Aunque siempre nos quedará el melancólico recuerdo de quienes amamos de verdad esa gran cultura creadora: la cava de *jazz* que se mantiene impertérrita en la noble prosecución de la más bella de las tradiciones, o aquellos pocos directores de cine que no sucumben a las tentaciones de la Gran Industria que es hoy global, mundial, planetaria: Jim Jarmusch quizás, con sus humorismos trágicos, o algún que otro realizador siempre esquinado, siempre en los márgenes.

O algún músico o pensador, poeta o escritor de ese gran país que crea todavía en que su vida sólo posee sentido si se intensifica a través de la genuina creación: esa que la cultura llamada hoy vigente prescribe como pasada de moda, o como perteneciente a lo que comienza a comparecer como Parque Jurásico Modernista: el mundo en el cual se fue tejiendo y rebobinando el hilo fino de esa sutil argumentación, o de ese bello relato, que es, o *ha sido*, o quizás *fue* la gran cultura norteamericana (desde Edgar Allan Poe hasta Stanley Kubrick).